

# MONOGRAFÍA



CIRO B.  
CEBALLOS



**NOVELAS** en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual  
[www.lanovelacorta.com](http://www.lanovelacorta.com)



## MONOGRAFÍA

CIRO B. CEBALLOS

Ana Clavel  
Presentación

Irma Quiroz Velasco  
Edición

Christian Sperling  
Notas

Novelas en Tránsito  
Primera Serie



*La novela corta. Una biblioteca virtual*

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Primera Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Américo Luna, Esther Martínez Luna, Mariana Ozuna Castañeda

APOYO ACADÉMICO

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Ciro B. Ceballos, *Monografía*

*La Novela corta: una biblioteca virtual*

Primera edición: 26 de agosto de 2011

Segunda edición: 4 de octubre de 2021

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México, Proyecto CB 255210

Diseño de colección: Andrea Jiménez

Diseño de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

## ÍNDICE

Presentación. Un caso de travestismo literario	
<i>Ana Clavel</i> .....	5
<i>Monografía</i> .....	15
Noticia del texto .....	75
Ciro B. Ceballos. Trazo biográfico .....	77
Notas .....	79

## PRESENTACIÓN

### Un caso de travestismo literario

Ana Clavel

Confieso de entrada que hubiera preferido hacer la presentación de *Un adulterio* y no de este otro relato más ligero y con tintes de divertimento en la obra del borrascoso Ciro B. Ceballos. Sin embargo, he de confesar también que conforme me fui enfrascando en la lectura de *Monografía*, disfruté la liberalidad de la narradora travestida a través de la cual es posible ver la pluma ágil de un escritor que no sólo en los temas cruentos tenía su buena dote imaginativa.

Incluido en el volumen *Croquis y sepias* (1898), segundo libro de relatos del autor, la novela corta *Monografía* recurre a una convención literaria en boga desde el siglo XVIII: advertir en el primer párrafo de la narración que el lector va a encontrarse ante la confesión en primera persona de un otro que a través de la carta, el manuscrito, el diario, el cuaderno de notas, ha

de contarnos las aventuras y desventuras que lo tienen inmerso en la situación actual. De este modo, el autor o el narrador inicial no hacen sino presentarnos esa información confidencial desde una pretendida distancia que pone a salvo su credibilidad ante el lector. En el mismo volumen de *Croquis y sepias* es un recurso utilizado en otras historias como “El caso de Pedro”, en el que el narrador descubre una epístola olvidada en un libro de Lombroso, y en “Diario de un simple”, información confiada al narrador a la muerte de un estudiante que era vecino suyo.

*Monografía* parte de una advertencia semejante: el narrador inicial transcribe con “meticulosa puntualidad” el manuscrito que un obispo amigo y respetado le ha conferido. Pero este escrito tiene como presunto responsable no a un hombre sino a una mujer: Benedicta, quien a sus dieciocho años decide iniciar un cuadernillo de recuerdos en apariencia banales. Se trata de un caso de travestismo literario,<sup>1</sup> cuyo antecedente quizá más conocido es la novela *Moll Flanders* (1722) del escritor inglés Daniel Defoe (1660-1731), en la que, no obstante el género masculino del autor, es la propia protagonista quien nos relata la historia de su adulterio y prostitución, ascenso social, caída y finalmente redención como mujer pícara en la Inglaterra del siglo XVIII.

En el relato que nos ocupa, es la propia Benedicta quien nos dará a conocer su trayectoria vital: una suerte de educación sentimental de una joven mujer adinerada y culta en el México porfiriano. Pero, de entrada, debemos dudar de la fidelidad de esa voz pues el narrador inicial que introduce el discurso de Benedicta nos advierte desde los primeros párrafos: “Conforme a mi sentir, no osaría suponer y mucho menos afirmar que las impresiones consignadas en el escrito hayan sido apuntadas por una persona del sexo femenino. En ese supuesto, no me hago en manera alguna responsable de la verosimilitud que pueda atribuirse al mamotreto”. Con lo cual, Ciro B. Ceballos realiza una suerte de pase maestro: ante nuestros ojos descubre el mecanismo de puesta en escena ficcional y se da el lujo de dudar de su veracidad. ¿El objetivo? Un cierto alarde de sus dotes narrativas, el afán de divertimento, y sobre todo la sana distancia para quedar a resguardo de cualquier posible reclamación ante una voz femenina tan artificiosa como resulta ser la de Benedicta.

Esta voz artificiosa, plagada de adjetivaciones e información sobre el mundo del arte y las letras, bien podría hacernos pensar en la impostación de una voz femenina pretendidamente culta, lo cual en cierta medida es cierto, pero también obedece a una búsqueda estética de parte del autor que aunó a los ideales mo-

dernistas y decadentes del grupo hermanado en torno a la *Revista Moderna* —lectores asiduos de Baudelaire, Gautier, D’Aureville, Huysmans— un trabajo singular con el lenguaje: la búsqueda de un efecto melódico, sonoro, grandioso, que si bien muchas veces cae en lo ornamental también logra un efecto escenográfico envolvente. Se trata de un estilo alejado de la vehemencia que añade notas estruendosas y hasta disonantes en otros escritos de Ceballos, como el de “La muerta”,<sup>2</sup> relato de corte necrofílico y radical incluido en la misma colección donde apareció originalmente *Monografía* y, por supuesto, su publicación más afamada y transgresora: *Un adulterio*.

Historia ligera que poco tiene que ver con los temas predilectos —la sexualidad, la locura y la muerte— del grupo de narradores decadentes al que perteneció Ceballos, *Monografía* es una verdadera curiosidad literaria, no tanto por la tentativa de una voz travestida en la persona de la narradora, sino por su intención de dar cuenta de la avanzada feminista que en el México porfiriano de la época debió de ser a su vez una verdadera curiosidad y hasta alarma sociológica. Es así como, al “cuadernillo de recuerdos” que Benedicta inicia para dar cuenta de su vida de joven despreocupada y caprichosa de dieciocho años, le sucede intempestivamente en términos literarios, sin justificación ni advertencia

del cambio de discurso, el relato en años subsecuentes de su educación sentimental, primero enfrentada a la tiranía materna que pretende casarla con un buen partido, más tarde inmersa en los avatares del matrimonio con un hombre sensible, pobre y enfermo que terminará por morir en sus brazos.

En todo momento de la narración hace acto de presencia la figura de una institutriz británica, *miss* Jenny Collins, quien, primero como celadora de una buena educación decimonónica, la guía por las buenas costumbres de su clase, para después secundarla en actos de rebeldía sustentados en la moral del libre albedrío: la decisión de casarse con quien ama y no con quien le conviene, por ejemplo, le viene de los libros y la actitud librepensadora en que ha sido instruida. Pero no será sino hasta la parte final, cercana la muerte de Edmundo, joven esposo de Benedicta, que el personaje de *miss* Collins se revelará en toda su liberal magnitud. Hasta entonces sabremos de su contacto con movimientos feministas de otras partes del mundo y la veremos como un mascarón libertario que pugna por un horizonte de participación activa y resuelta de las mujeres respecto a su propia existencia. La numerosa lista de nombres con quienes se cartea la inglesa (Jeanne Dieulafoy, Maud Gonnet, Margerite Poradowska, Rachilde, Louise Michel, Mary Summer), y que Benedicta descubre al

husmear en su aposento, da una idea del mapa finisecular de mujeres comprometidas con el arte y la política en una Europa efervescente de cambios ideológicos. Pero será acaso la influencia de Louise Michel, personaje emblemático del anarquismo francés a finales del siglo XIX, la que profile el derrotero del relato de Ceballos: de manera inusitada, ante la muerte del marido de su antigua pupila, la beligerante institutriz le propondrá fundar una colonia, alejada de las urbes y la avaricia capitalista, para paliar la miseria de los desheredados.

En esta nueva aventura, con la que concluyen los apuntes del “cuadernillo de recuerdos” de Benedicta, se sumará otra mujer oprimida: Evangelina, en otro tiempo costurera al servicio de la protagonista y primer amor desdichado de Edmundo, su marido. Tal utopía cierra el capítulo de memorias de una joven informal que de pronto vislumbra un porvenir de lucha “para predicar el verbo futuro”, para fundar un mundo nuevo “sobre los escombros de una sociedad destruida por los furores del oprimido”.

Ante este cambio ideológico tan radical, el buen narrador que nos colocó ante las confesiones de Benedicta, pone punto final y hace graciosa huida al comunicarnos su imposibilidad de brindar más información “pues el virtuoso varón que me facilitó los papeles que indiscretamente lancé a la publicidad, abandonó no ha

muchos días la vida terrena”. Toca ahora al lector juzgar los recursos de esta voz travestida y los alcances verosímiles de su historia. Pero más allá del calibre de estas exigencias, hallará sin duda un estupendo cuadro de usos antiguos y nuevas actitudes de una sociedad en tránsito por más que aparentara la impasibilidad de los sepulcros, y un *tempo* de lectura ligera y entretenida.

# MONOGRAFÍA

*A Rafael Delgado<sup>3</sup>*



**M**i amigo, monseñor Hermógenes Arcipreste y Tendilla, insigne orador sagrado y desde lontana época obispo de V..., persona honorabilísima por sus teologías, por su amplio conocimiento de la vida, por sus virtudes preclaras y por sus muchos años, garantizándome ser auténtico, puso en mis manos el cuaderno que con meticulosa puntualidad transcribo.

Conforme a mi sentir, no osaría suponer y mucho menos afirmar que las impresiones consignadas en el escrito hayan sido apuntadas por una persona del sexo femenino.

En ese supuesto, no me hago en manera alguna responsable de la verosimilitud que pueda atribuirse al mamotreto.

Lo que sí creo y propalo es que el dignísimo prelado, en cuyo poder se hallaban los papeles, es una persona incapaz de mistificar a nadie.

He aquí ese curioso caso psicológico:<sup>4</sup>

Ocúrreseme escribir un cuadernillo de recuerdos, eso es costumbre hoy día, y moda, y hasta esnobismo de buen efecto: mi nombre es Benedicta; y mi edad, la de una bella, dieciocho años; mi cultura mediana; por lo que a mi físico se refiere, aseguran muchos que soy hermosísima, aunque como garantía a esa afirmación sólo poseo una dote capaz de enamorar al caballero Brummel que, según sus admiradoras cuentan, fue la flor y espejo del dandismo.

Es mi dama de compañía una *miss* espigada y reseca como un bacalao de Noruega, con límpidas pupilas, pies de andarín y cabellos como hebras de ámbar; se llama Jenny Collins y fue traída del ahumado Manchester a esta tierra de cielo hermoso para ser mi preceptora o mi *governess*, como ella dice frunciendo graciosamente su coralina boca.

Aunque posee conocimientos de sabio y no es poca la experiencia que tiene, frecuentemente rebosan sus conceptos una candidez sajona que nunca ha podido empalmarse con mis malicias de mujer latina y marisabidilla por lo tanto. En sus modales es recatada hasta lo ridículo; a todas sus palabras les da un barniz de pulcritud que la hace caer en amaneramientos estrafalarios; profesa religión protestante (metodista), bebe whisky como un contramaestre, usa sombreros iguales a esquilas, viste trajes de grueso paño y corte varonil; en sus

ocios, lee a Dickens, a Swinburne, al brutal Walt Whitman y al idílico Longfellow. Todas las noches recita los versículos de la Biblia, en su alcoba, que es un amplio salón atestado de librotos, maletones, muebles monumentales y periódicos extranjeros; su padre es pastor de almas en no sé qué aldeílla de Edimburgo y mantiene activísima correspondencia con la ilustre y morigerada mentora.

Mi buen papá es, según su propio dicho, un hijo del acaso; hace contratas, especula en la banca con audacia increíble y obsequia con babilónicos banquetes a ministros parásitos, periodiqueros chantajistas y políticos envilecidos.

En su vida privada es muy bueno; siente por mí un cariño que llega hasta la adoración, obedece sonriendo a mi madre y su figura exactamente igual a la de un bedel o a la de Sir John Falstaff hace huir, como parvada de gorriones, a los pretendientes que me asedian.

Doña Eulogia (así la que me llevó en su vientre se llama) es una matrona caritativa, biliosa, amiga de la clerigalla y muy aficionada a bachillear por confesionarios, sacristías y lugares peores. Pertenece a muchas cofradías y sociedades de esa índole. Aborrece a su esposo porque en su opinión es un hereje; yo le importo un poco menos que sus bigotes (los gasta de buen tamaño), adora con todas las telas de su corazón a un perro pita-

ñoso y protege al sacristán de la vecina parroquia, que es ratero y borrachón.

Probablemente a muchas personas que esto leyeran podría parecerles irrespetuoso el concepto que emito a propósito de los autores de mi existencia.

No me disculpo. Esa apreciación entraña toda la sinceridad de mi criterio, y *miss* Collins me ha repetido muchas veces que si la verdad es horrible, lo es más la mentira, por mucho que la embellezcan y disfracen los hipócritas; además, esa libertad de pensamientos de que abuso a menudo se debe en buena parte a la briosidad innata de mi carácter y a las disolventes peroraciones de mi profesora, que es socia corresponsal de no sé cuál congreso feminista y está bien versada en letras profanas,<sup>5</sup> en artes liberales y en filosofías positivistas.

Esta endiablada señorita Collins sería muy capaz de sostener una tesis diaria en la Sorbona, de empuñar la tizona y pelear con las bravuras de Juana de Arco, de mutilarse la lengua como Leena, y en cuanto a eso de la honra, a su lado, ¡Lucrecia queda en pañales!

Mis costumbres son idénticas a las de todas las niñas burguesas que tienen dinero bien o mal habido y ganas de verlo gastado por algún majadero de los que, famélicos y muertos de hambre, pululan por estrados y paseos.

Dejo el lecho a las nueve de la mañana; después voy al baño, luego al tocador, y allí, cierro cuidadosamente las vidrierillas: si alguna vez es leído este cuadernito seguramente no sabrá el curioso en cuyas manos caiga lo que hago yo en aquel retrete; podremos las mujeres en momentos anormales y arrebatadas por las sinceridades peligrosas de la pasión hacer confesiones indiscretas y hasta caer en debilidades irremediables; pero siempre guardamos en cofre de veinte llaves algún secreto improfanable, porque somos hipócritas, y lo que de nosotras subyuga más a los varones, es lo que menos estimamos en lo íntimo. En toda hembra hay algo de las fealdades y los misterios de la Esfinge: yo desafío a los exhumadores del pasado (esas hienas de las crónicas muertas y los ideales hechos polvo), a que adivinen las leyendas que guarda el coloso de granito ante cuya impasibilidad idólica se trocaron en cenizas las epopeyas de mil siglos y cien razas.

No puedo entender por qué me inspiran desprecio esos presuntuosos que pretenden conocer a Eva, sólo porque pervirtieron a la inocencia, arrugando corpiños con brutalidad cabría, o espantando al ángel de la guarda del tálamo virgíneo de una niña para poner en su lugar la efigie bifronte del pecado...

Después voy a mi alcoba.

Imaginaos un aposento de regulares dimensiones, con góticos frisos en el techo, representando alegorías estrambóticas, dignas de los retiros de aquellas castellananas del tiempo en que los hombres eran bravos y las mujeres bonitas...

Del centro del historiado *plafond* pende una lámpara de bronce que en las noches, al encenderla, trae a mi recuerdo no sé por qué singular asociación de ideas, la que alumbraba la estancia mortuoria de esa beldad trágica y lunar que Edgar Poe llamó *lady* Tremanson de Tremaine.<sup>6</sup>

Mi tálamo es amplio y regio; frontero a él se halla un lujoso mueble, obsequio de un anciano pariente mío, tío en segundo grado, galanteador manido, libidinoso por oficio y hábitos, que me acaricia como a una niña porque sabe que soy mujer, se pinta el pelo, desafía las neumonías trasnochando por los barrios de Afroditá; es amigo de las bailarinas del teatro y también de cenas orgiásticas, pendencias, barajas y botellas de la viuda de Clicquot.

En los tapices que visten las paredes hay dos cuadros con pinturas de mérito: uno firmado por el colorista Delacroix y el otro de Jordaens.

Contemplando el del último pintor, pienso inmediatamente en Amberes y Brujas, en trashumantes tabernas, frecuentadas por hermosos ebrios de muscu-

lación grosera y mofletudas fisonomías bermellonadas por la mostaza, los jamones ahumados y esas salchichas de Fráncfort capaces de hacer vomitar las pajarrillas a un tiburón; pienso también, en grandes emparrados de lúpulo, en rollizas mocetonas de albeante delantal y doradas trenzas, que mueven parsimoniosas las espitas de panzudos tonelones para llenar de burbujeante malta los jarros de greda curiosamente trabajados. Por largas horas emigra mi fantasía a esas tierras húmedas, se pasea por limpias calles contemplando los molinos de viento, las casas de argamasa con sus oblicuas techumbres de teja, las atrevidas chimeneas de las fábricas, que parecen retemblar en sus cimientos de ladrillo cuando chillan los silbatos de las calderas llamando a los trabajadores... y aquellos hombrotos que con la pipa en la boca y las velludas manazas metidas en los bolsillos del pantalón recorren la ciudad ostentando su talante satisfecho, ni más ni menos que figuras de Hogarth que adquiriesen vida...<sup>7</sup>

Tengo un ajuarillo estilo Luis XV, biombos asiáticos en cuyos flancos hay lienzos con pájaros exóticos y niponas quimeras de seda, columnillas de forma salomónica, estatuillas, porcelanas, terracotas, cacharrillos y muñecos.

Junto al balcón está una pequeña mecedora, al lado una mesa de laca, sobre ella el último libro de París, y a

mis pies, en un cojín de plumas, ronroneando siempre el gato.

Es mi silla favorita. Desde allí veo desfilas a los que pasan como a través de los vidrios de un cinematógrafo. Hago en la imaginación un romance de cada uno: éste me es simpático, aquél me es odioso, el otro me inspira compasión, quien desprecio, tal risa o cual miedo...

Quiero mucho al viejecito que pasa por la mañana remolcando un racimo de niños en cada mano; sin duda, la mamita quedó en casa preparando la colación o aplanando la ropa de los pequeños. Me choca la afectada ufanía de la colegiala: estudiante tronera que te perezcas por esa superficial normalista, deja de hacer malos versos y divagar a lo Musset frente a la copa de ajeno, eres pobre, los lirismos de tu romancesca juvenilia no podrán nunca interesar el corazón de esa bachillera que se da a leer a los de la cáscara amarga; ve al hospital, allí te esperan las planchas, los cuchillos y el cadáver; ve a la tribuna del pasante, allí está la elocuencia, el pugilato de la palabra... ¡la gloria acaso! Ese individuo de hirsuto pelambre y lamentable vestimenta, con aspecto hastiado y pesimista, será un infeliz, sin duda el Edipo de alguna de esas tragedias de la vida privada donde no corre la sangre ni espejean puñales: le engañará su esposa; imagino el caso: él, un tímido indolente; ella, una graciosa casquivana a quien el lujo

causa vértigos... Aquel patán de grasiento chambergó que gesticula como payaso y advierte a los papanatas, será un jugador, un dipsómano... un lunático... ¿Por qué cayó tan bajo?... ¡Quién sabe!... Acaso es desdichado y pretende ahogar sus lágrimas en vino... ¡Y los borrachos!... ¿Habeislos visto bien?... Son formidables. Pasan en comparsas, tambaleantes, puercos, torvos, siniestra la mirada y belicoso el ademán; el aguardiente es bueno para los que sufren mucho; al inflamarse en la mente enciende las cincuenta mil lámparas del cerebro convirtiéndolo en un castillo de fuegos artificiales: yo quiero y respeto a los bebedores, son los rebeldes, los sensitivos, los soñadores; consultad las estadísticas y observaréis que su número aumenta a medida que las razas degeneran y los ideales se acaban y los dioses se mueren...

El rostro es comúnmente el retrato más sincero de las almas. Estudiad una faz triste y notaréis que pertenece a algún sufriente, ved al mendigo que interrumpe vuestro paso, es horrible y asqueroso porque lleva adentro un drama: la miseria. Cada biografía es una novela porque todos los humanos hemos vertido lágrimas y padecido amarguras y experimentado pasiones. ¡Ay de los seres tranquilos! ¡Ay de aquellos que nunca gimieron ni emborracharon su espíritu con el perfume de ese asfódelo lívido y siniestro que se llama fiebre...!

Yo también tengo mi historia. Espero al pálido navegante del buque de velamen color de sangre y mástil negro, soy la meditabunda Senta, que hilando capullos de algodón piensa al monótono ron-ron de su rueca en el incógnito marino del navío fantasma.<sup>8</sup> Mi hombre, el imaginado, el bienvenido, es de carne y hueso, no usa armadura de caballero andante ni lleva al dorso el mandolín de los otros trovadores medioevales, viste levita a la moderna, no inventa rondes decedentes ni le desvela el engrandecimiento de la patria o la dicha de la humanidad, es normal, robusto, ágil, amable; lo aguardo noches y días con una impaciencia creciente porque tengo miedo de que llegue tarde... Cuando las flores de mi juventud se hayan secado... ¡sería muy triste!

No ha muchos años, cuando asistía al colegio del Sagrado Corazón, noté que muchos jovencitos me observaban con miradas insolentes, y una vez, el más osado de la tropa arrojó a mi balcón una misiva garra-pateada con la incorrección propia de los escolares que al escribir se manchan los dedos con tinta y empuercan el papel.

Recuerdo que en aquella epístola decía, entre peores cosas, que yo era una necesidad para él, que de mi antojo dependían su felicidad o su desventura en toda la vida, que lo amara un poco y él viviría a mis pies ado-

rándome como a la Virgen de los devotos, y todas las manoseadas figurillas retóricas y amatorias zarandajas de que abundan en su pecaminoso comercio los enamorados cursis y los muchachos currutacos.

Confieso que en muchas noches turbó mi sueño la serafinesca imagen de aquel rapazuelo: tomelo a lo serio, inconscientemente y sin comprender su ridiculez; creí, en mi simplicidad, que los amoríos eran bello entretenimiento, y como las mujeres somos de nuestro frívolas y experimentamos siempre un vivo e irresistible interés por todo aquello que halaga nuestros caprichos y vanidades, decidime, después de muchos temores e infinitos melindres, a creer que amaba al chiquitín. Prodiguele sonrisas picarescas cuando él hacía lo propio, hícele cabalísticas señales, correspondiendo a las suyas, por más que de buena fe ignorase lo que ellas pudieran significar, condecoré mi pecho con una flor estúpida que él me ofreció a hurtadillas y respondí a su plieguecillo con otro plagado de disparates, lunares negros y faltas de ortografía. Suponed una alondra borrachita de rocío y tendréis una completa idea de mi estado de ánimo en aquellos días. Tenía catorce años y, aunque parezca estupendo, es la verdad monda y lironda que conservaba invicta mi pureza. No tuve amigas íntimas en la escuela ni me persiguieron los erotismos y crueles curiosidades que acompañan siempre a la crisis

sexual de la edad púber. Tal vez por eso mis coquetismos con el amador fueron sanos e inocentes, y sin rubores junté mi boca con la suya, y sin malicias permití que su mano precozmente libertina profanara mi cuerpo en momentos de infantil lujuria. ¡Era un pillo aquel fantoche! Mi noviazgo escandalizó a las profesoras, excitó envidias y rencores en mis condiscípulas, y entre la garzonía del plantel de varones más cercano, condensó una nube de odios que se resolvió muy pronto en iracunda tempestad de puñetazos que sólo pudo aplacar un concepto denigrante para mí.

“¡Es coqueta!”

Enterada mi madre, afianzome de una oreja y haciendo avinagradas gesticulaciones, preguntó:

—¿Eso aprendes en el colegio?

—No, mamá.

—¿Entonces por qué lo haces... desvergonzada... me has visto a mí en esas cosas?... ¿Te he dado mal ejemplo?

—No, mamá.

—¡Qué vergüenza!... una hija mía metida en tales escándalos... exponiéndose a que todos la señalen con el dedo... nunca lo hubiera yo creído... las monjas están apenadísimas... y tu papá... ¿Imagínate qué pensará si llega a saber lo que has hecho...?

—¿Es acaso un crimen?

—¡Silencio! ¡Cuando yo te haga un extrañamiento debes callarte y no replicar ni una palabra...! ¿Entiendes...? ¡Ni una palabra...!

Y se me echaba encima, levantando el índice de su derecha mano como si pugnase por meterlo en las fosas de mi nariz.

—Mañana mismo te confiesas... esta tarde, después del sermón, hablaré con el padre Alatríste. ¡Y verás cómo las gasta!

Pedí perdón, y convencida por entonces de que el tan cacareado amor era una mala cosa, me propuse no querer a nadie nunca.

Terminado el superficial aprendizaje que mis maestras llamaron con singular enfatismo, brillante educación, iniciase en mí ser una violenta metamorfosis. Padecí insomnios, y cualquier niñería excitaba mis nervios provocándome intempestivas explosiones de lágrimas o de risa: afinose mi sensibilidad haciendo vibrar mi organismo a la más leve conmoción: el espejo me causó pavoras, despertó en mí a otra mujer que dormía soñando en no sé qué diabólicas epifanías, me hizo amar los crepúsculos encandecidos, las notas tremulantes de mi piano, los versos elegiacos, los niños rubios, las tardes grises... y también las novelas... ¡Los libros que leí arrancaron un acorde estridente a mi espíritu trastornado!, cristalizaron un idealismo inefable,

robando a mi corazón esa nota sentimental y tierna que se pierde siempre en lo vago con el primer suspiro, que al exhalarse evoca el recuerdo de un varón; el hombre brotó en mi mente íntegro y triunfal, dueño y poseedor de todos los sortilegios de Satán, fue el fantasma obsesor de mis anémicas divagaciones, el objeto de mis pensamientos, la causa directa de mis goces y mis torturas, mi confidente, mi enemigo y atormentador...

Me absorbía y me mistificaba: su voz vibraba en mis oídos invitándome a pecar; lo olfateaba, presa mi alma de una dolorosa y punzante voluptuosidad, hería de continuo mis sentidos para elevarlos y quintaesenciarlos hasta la última potencia, estaba en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Cuando en casa, alguna señora mayor pronunciaba palabras que yo no entendiese, o bien que entendiese demasiado, sentía el rubor quemar mi rostro y cometía las más imperdonables incorrecciones. Al suponer que un individuo del sexo contrario pudiese ver el nacimiento de mi cuello, la punta de mis choclos o el arranque de mi brazo emergiendo entre la espuma de los encajes, temblaba, acometida por una turbación que no he podido saber aún si era producida por la cólera, el miedo o la alegría.

Fui a los teatros y tuve éxito.

Al aparecer contra las exigencias del recato, y en obediencia a las de la moda, con los brazos y el seno

desnudos, en el palco que por derecho de abono pertenecía a mi familia, notaba que, incontinenti, una batería de gemelos me asestaba fuego graneado de miradas.

Tras de aquellas máquinas agresoras veía cráneos de todas clases y conformaciones: desde el de mono cinocéfaló, hasta el ejemplar más perfecto de la raza caucásica: ¡caprichosos peinados, cabelleras encrespadas, inicuas calvicies, rizadas pelucas, orejas pollinezas y occipucios amarfilados y limpios como bolas de billar...!

Al principio aquella curiosidad me mortificó, después fueme indiferente, y por último, llegó a complacerme tanto, hasta recibir la observación de esos impertinentes que me desnudaban mentalmente, con la cínica imperturbabilidad de las beldades que están seguras de exhibir un pecho auténtico y de morbideces esculturales.

Con irritante frecuencia llegaban a nuestro lado caballeros cursivamente acicalados, que de todo hablaban, expectoraban más patochadas que un cura de aldea, y contra todas las conveniencias, pretendían elogiar mi hermosura usando símiles e hipérbolos pedestres. Ese lado tonto y desabrido de la vida social, me atormentaba, llegó a serme odioso sobre toda ponderación, y nunca en los lugares públicos hice esfuerzo alguno para disimular el hastío que me causaba. Los



espectáculos jamás llegaron a entretenerme: las malas óperas me ponían muy nerviosa, los dramas adulterinos me producían dolores de cabeza y las zarzuelas pornográficas me daban asco.

Infinitas veces, al subir al cabriolé, dijo mi madre muy colérica:

“Estás insoportable; dijérase que eres una pequeña salvaje o has nacido en Java... decididamente te empeñas en mortificar a todos y en poner a tus padres en ridículo”.

Al llegar al hogar, pretextando fatiga, me encerraba en la alcoba y gemía mucho. Entonces, el augusto silencio de la noche era rasguñado por la voz agria de *miss* Collins que, caladas las gafas, leía al poeta de Putney Hill.<sup>9</sup>

Mis tristezas se desvanecían como por encanto al escuchar a la buena inglesa en cuya alma simple no se efectuaron nunca las tormentas que en tantas vigiliass torturaron la mía.

Varios idilios de amor que vi en los melodramas y operetas a que tan de mala gana concurría me hicieron pensar muy seriamente en el ceguezuelo: las ideas que por aquella época me sugirió el ocioso querubín fueron incoloras, abstractas y anodinas casi, carecían de una determinación positiva y real, fueron algo semejante a nebulosas y fantasmagóricas clarividencias...

En un invierno se anunció rumbosamente cierto gran sarao que en obsequio a sus amigos iban a dar los esposos Valdivieso con motivo de su retorno al país después de una excursión de placer por casi toda Europa.

Cuando en México, en esa feria de lo cursi que los cronistas domingueros han dado en la flor de llamar sociedad de gran tono, es anunciada una reunión de tal naturaleza, pierde su tranquilidad de boa repleta toda esa burguesía que a sí propia, y sólo porque ha acumulado unas cuantas talegas, se intitula pomposamente aristocracia.

Y por cierto que es muy cómica la minúscula agrupación que aspira a conservar intactos los ideales y preceptos nobiliarios que tan por abajo andan en esta tierra: las poquísimas familias que ostentan títulos y de nobles hacen blasón y alarde, han permitido de buena voluntad y sin manifestar rebelión alguna, que sean injuriados sus gules y motes por las botas ensangrentadas de los bandidos de la República.

El señor Valdivieso era respetado por todos: alternaba con personas de viso, debido únicamente a los millones que había amontonado en el comercio de animales inmundos, a sus concesiones ferrocarrileras y a sus minas de cinabrio.

Confieso que al notificarme mi mamá que había sido particularmente invitada a la fiesta, no me hizo la

nueva ni tantita gracia. En mi sentir, el baile es sólo un pretexto para que los hombres falten al respeto debido a las señoras: al compás de la música debemos consentir que el compañero zarandee a su antojo nuestro cuerpo, enseñar de él más de lo permitido por la decencia, dejarnos estrechar el talle y la mano, exhibir nuestras carnes con natural o aparente coquetería, enlazarnos en libidinoso abrazo para beber el aliento del valsador, que muchas veces no es agradable; tolerar que aproxime su rostro al nuestro hasta molestarlo con la barba, y por último, escuchar los consabidos juramentos de un galanteador grosero; porque todas esas homilías que cantan los hombres entre los brincos del vals, son la directa e inminente consecuencia del coñac libado o el fruto de alguna excitación bestial.

El baile ha degenerado tanto y se ha prostituido de tal modo, que hoy, como en los tiempos de Mesalina, se hace necesario un Claudio que mande degollar a los bailantes.

Yo creo firmemente que toda hembra a quien delecta esa farsa, en la que resulta defraudado nuestro sexo, se estima en muy poco, o es muy fea, o muy tonta, o muy coqueta. Mi traje fue confeccionado con sobriedad y elegancia: formábalo vaporosa falda de crespón blanco adornada con punto de Aleçon, y un corpiño muy corto guarnecido de encajes: la peinadora me presentó varios

modelos, más o menos complicados y vistosos: yo preferí a todos el prerrafaelista:<sup>10</sup> no consentí en que colocasen adornos en mis brazos, y por complacencia, y sólo a las tenaces instancias de *miss* Jenny, llevé un hilo de perlas brunas, ajustado cuidadosamente al cuello. Mi madre declaró que el tocado era elegantísimo, y mi buen papá, después de prender una crisantema en mi seno, pescó al vuelo una de mis manos, exclamando entusiasmado: “¡Estás muy linda!”.

Después de cubrirnos cuidadosamente con los abrigos subimos al carruaje, que echó a correr rumbo a la morada de los Valdivieso.

Yo iba triste, profundamente triste, como si me condujeran al patíbulo; repantigada en un rincón veía las calles embargada por una sabrosa taciturnidad; todo me conmovía: los goterones que caían sobre el piso artificial, manchándolo, los transeúntes que desfilaban a paso tardo o veloz, el haraposo voceador de periódicos, la muchacha prostituida, el castaño que arrebuja en su manta pregonaba con cavernosa voz la mercancía, el disco de luz verde esmeralda o de un rojo brutal que reverberaba en los escaparates de la farmacia, la mano gigantesca que salía de la puerta del guantero, proyectando su sombra colosal sobre el asfalto, las letras doradas de una tienda de lencería o las vitrinas de colores de la cantina *yankee*...

La avenida del barrio nuevo donde habitaban nuestros invitadores, se hallaba totalmente ocupada por coches y curiosos.

Como la noche era oscura, las siluetas negras e informes de los vehículos simulaban compacto ejército de cocuyos, visto a través de una lente de mil diámetros, pues los encendidos faroles imitaban perfectamente las fosforescentes pupilas de esos animales...

En los salones causó mi presencia un movimiento de asombro.

Un joven de aspecto enfermizo y con fisonomía de caballo corredor, que hablaba con un vejete amojamado y cubierto de condecoraciones, al verme, dijo a su amigo con entusiasmo:

“¡Qué bonita es!”.

Aquel madrigal tan simple y tan ingenuo me produjo una impresión muy fuerte.

Había selecta concurrencia.

Diplomáticos que paseaban sus fracs bordados de laureles; mujeres de todas las edades, de todas las reputaciones y de todos los volúmenes; pisaverdes que a cada momento recomponían sus casacas confeccionadas por Cheuvreuil o Duvernard; militares sin cruces y generolotes abrumados por ellas; viejos negociantes y políticos hipócritas; banqueros alemanes, contratistas ingleses, poetas, novelistas, tribunos, gomosos... ¡y académicos!

Decididamente los señores Valdivieso sabían hacer las cosas bien.

Allí se encontraban amalgamados y sin que resultara de mal tono la mezclanza, los elementos más disímbolos: el pensante, el holgante, el especulante y el peleante.

¡Me mareaba tanta gente!

Separose mi padre de nuestro lado y fuese a compartir, discutiendo el tipo de cambio o las políticas de la Sublime Puerta, con unos ancianos de barbas proféticas, modales teatrales y testas emplastecidas por tinturas y tricóferos.

Mi madre me condujo al lado de la dueña de la casa, haciendo mi presentación con solemnes mímicas y exageradas cortesanas.

—Mi hija Benedicta.

—¡Adorable criatura!

Y sus brazos, secos y enguantados, estrecharon afectuosamente mi busto.

—¿Qué edad tiene usted, señorita?

—Dieciocho años...

—Honorato tiene veinte.

Era la de Valdivieso una viejecita de verba encantadora: tenía pupilas negras aún no amortecidas por esa opacidad que la vejez, como anuncio de la muerte, pone en los ojos de los viejos; sus facciones, acentuadas

por la demacración, habían adquirido una severidad imponente; vestía con lujo severo y era una de esas damas que en sociedad se hacen perdonar los achaques de la senectud porque poseen la gracia del talento, esa hermosura que avasalla siempre y no envejece nunca.

Se habló mucho de nada: los sombreros llegados de París, las telas acumuladas en los anaqueles de Bayonne, el reciente atentado anarquista o el suicidio de un joven romántico... que abundan todavía.

En menos de cinco minutos nos vimos rodeadas por un enjambre de caballeros, que haciendo caravanas solicitaban mi etiqueta para apuntar su nombre allí.

Aquellos efebos, entre los cuales descollaba uno que parecía beduino, me fastidiaron tanto, que por no verme al lado de ellos declaré rotundamente mi propósito de no bailar, aunque procediendo de ese modo faltase a las más rudimentarias fórmulas de la buena crianza.

Preludiaban los filarmónicos el primer rigodón, cuando el señor Valdivieso, precediendo a un caballero, se aproximó a nosotras y después de las fórmulas que son moneda corriente en los salones, me presentó a su hijo en la persona del que le acompañaba.

Era éste un joven de agradable figura: usaba ligero bigote, erizado en las puntas, sus cabellos oscuros estaban prolijamente alisados por el cepillo y brillaban en

la luz con reflejos charolados; tenía los ojos verdes y altivos, fuertes las manos y el cutis pronunciadamente meridional.

Después de prodigarme frases de aquellas que por su inofensiva galantería pueden decirse en todas partes y a cualquier mujer, propuso que bailásemos.

Yo acepté, temblando de vergüenza.

Durante la fiesta no se separó un momento de mí, ni se ocupó de otra mujer que yo no fuese: díjome todas las palabras amables que puede decir un hombre de talento a una dama elegante y culta; simpatizome tanto, que cuando yo no oía o mal entendía sus conceptos, le suplicaba que los repitiese, aunque sintiera afluir la sangre a mi rostro...

Aquella noche velé pensando en él.

Nuestras relaciones con los esposos Valdivieso, enfriadas por no sé qué desavenencias financieras entre mi padre y el de Honorato, tornaron a reanudarse con mayor intimidad que nunca.

Menudearon por ambas partes obsequios y visitas; en las últimas siempre se apersonaba conmigo el heredero de nuestros amigos, y derechamente y sin disimulos de ninguna especie procuraba distinguirme con sus más delicadas atenciones: me hacía solemnemente la corte. Como de mío soy arisca y testaruda, al frecuentar su trato procuré conocerle bien, entre otras

muchas razones, porque comprendí que estaba a punto de prendarme de él.

Era un caballero, poseía sólida y vasta instrucción: había leído mucho, adquiriendo por medio de las lecturas un gusto artístico, refinado hasta lo increíble; era bueno, no por virtud, sino porque juzgaba el vicio feo; entendía la música y la pintura, hablaba idiomas, traducía a Horacio y a Baudelaire, jugaba al billar con admirable elegancia, era capaz de escupir a un prócer y dejarse abofetear por un mendigo; ante los débiles, era débil, ante los orgullosos, era un monstruo: lo vi muchas veces usar de la ironía como de un látigo y con ella castigar en la faz a los soberbios; ningún pretendiente como él tan digno de ser amado, ninguno como él capaz de amar... sin embargo... era de hielo.

Me cortejaba con exquisito tacto: sus pláticas eran pirotecnias en mi honor; para las demás hembras guardaba las galanterías como Harpagon sus tesoros, y ante mí derrochaba la gracia y el ingenio cual Buckingham sus perlas;<sup>11</sup> nunca abusó de mi rubor ni se me echó encima con esas manifestaciones perrunamente fogosas, que ponen en caricatura al enamorado, y aunque no lo sea, hacen tonta a la mujer.

Y... a medida que le trataba y crecía mi devoción por sus cualidades, más lejos sentía del suyo mi corazón. Comprendí que sus madrigales envolvían siempre

algún sarcasmo, no de otra suerte que entre corolas de velumbios puede un escorpión hallarse oculto: en su vida yo no significaba nada; me había elegido entre las demás por parecerle más bella y menos insustancial, mas no obedeciendo al instintivo y tierno impulso del que busca en la novia el objeto de un cariño sereno y perdurable. No me amaba, y me atrevo a asegurar que nunca había querido a nadie, porque pertenecía a esos terribles hombres del siglo que por el análisis lo han eliminado todo; además, desde muy pequeño viajó encomendado a la tutela de poco escrupulosos tutores, para educarse, y también para perder el amor a los suyos: Múnich con sus edificios de fachadas escalonadas y cubiertas de pinturas; Roma con su historia, su pontífice blanco y sus museos; París con sus lujos y sus libertinajes; España con sus corridas de toros, su linajuda nobleza y sus chisperos; Grecia con sus ruinas; Inglaterra con sus escuadras, y Nueva York con sus prodigios de electricidad, desarrollaron en su inteligencia el amor al cosmopolitismo, ampliándolo hasta el extremo de hacerle romper las fronteras de todo, hasta obligarle a desconocer los derechos del alma, los de la religión, los de la patria y los del egoísmo...

Profesaba un severo culto a la verdad, y siempre la imponía sobre todas las argumentaciones, con un desprecio inaudito al idealismo, con una impasibilidad

marmórea, con una punzante y venenosa ironía; había en sus ideas horrorosos ateísmos, y al exponerlas usaba símiles y paradojas que acobardaban al más valiente por sus amarguísimas y lógicas conclusiones.

Su presencia llegó a producirme pavores; me veía tan pequeñita y tan insignificante a su lado, que pensar en quererle me parecía una insensatez...

Cierta mañana, al dirigirme a mi alcoba, mis papás siguieron mis pasos; y mi mamá, al llegar yo al aposento, dejándose caer sobre un mueble, habló:

—Benedicta: tienes diecinueve años y es necesario que pienses muy seriamente en el matrimonio, pues no has de quedar soltera toda la vida; tu educación y la fortuna que aportarás al que sea tu esposo, te dan derecho a aspirar a un hombre digno; hoy, creo que ha llegado el momento en que una determinación tuya sea la decisión de tu suerte en toda la vida: los señores Valdivieso han venido a pedirnos tu mano para su hijo: inútil creemos hacer resaltar a tus ojos las prendas que adornan al que consideramos como tu prometido...

Mi padre, un tanto embarazado, pues nunca fue una potencia en eso de los discursos, frotando la cadennilla del reloj y afirmando sus gruesos espejuelos en la ternilla, interrumpió a su consorte:

—Veinticinco años, poco más o menos, hermosa presencia y admirable cultura, inteligencia clara y per-

fectamente cultivada, agregado a una legación, un joven, en fin, de brillantísimo porvenir; sigue la carrera diplomática y seguramente en la edad madura le veremos representar a su país ante una potencia europea: hija mía, creo que muy difícilmente logrará nuestra familia contraer una alianza más ventajosa...

Admirado de su elocuencia, sintiéndose con bríos para continuar, carraspeaba, arrugando el níveo y resplandeciente chaleco entre las manos.

—¿Quieren ustedes que me case?

—Naturalmente —respondió mi madre.

—Entonces... obedeceré.

Mi papaito tornó a tomar la palabra y haciendo gesticulaciones y movimientos de orador sagrado:

—Hija mía, mi buena Benedicta, nosotros sólo deseamos tu felicidad; si ella estriba en el proyectado casamiento, nos complaceremos; pero si el pretendiente no es de tu gusto o tienes otro cariño... entonces no hemos dicho nada.

Arrojeme a los brazos del buen viejo:

—No me quiero casar, me carga la diplomacia y los que representan a su patria en China o en Babilonia...

El aguerrido negociante se emocionó: su mano regordeta acarició mi cabeza con amor, sus ojos se empararon en lágrimas, y al buscar mi frente con su boca afeitada y limpia, repetía:

—Lo que tú quieras, niña.

Mi mamá se levantó con aspecto de pantera; fue a la puerta que se hallaba abierta, cerrola dando una vuelta al picaporte, luego echó a rodar el primer mueble que hubo a mano y volviendo hacia nosotros:

—¡Ya estamos solos!... ahora tú, masón, liberalote, me vas a oír, y tú, mosca muerta, hipocritona, también me vas a oír y me vas a obedecer, comprendes, ¡me vas a obedecer, a obedecer... a obedecer...!

—¡Pero mujer...! ¡No te conozco!

—¡Ya lo creo que no me conoces!

—Cálmate, estás vociferando mucho... se enterarán los criados... es penoso.

—¡Que se enteren!... de que aquí sólo yo mando, de que no hay más voluntad que la mía, de que Benedicta es una muchacha voluntariosa, ¡y tú... tú!...

Buscaba el vocablo más injurioso para herir con él la faz de su marido.

—Querida, estás muy excitada... que preparen una taza de tila...

—Eres un ladrón... por ti expulsaron a las monjitas... expropiaste un terreno que pertenecía al curato del padre Alatraste... calumniaste al señor Arzobispo en esos periódicos herejes que serán quemados el día del juicio... ¡tú!... ¡tú!...

—¡Pero mamá!

Virando hacia mí:

—El mes que entra te casarás con Honorato, señorita melindres, sin chistar, obedientita como una hija bien nacida, porque si no... ¡si no...!

Caí al suelo.

Una bofetada certeramente aplicada por la irascible señora, inflamaba una de mis pupilas, provocando a la vez abundante hemorragia de sangre por mis fosas nasales.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

Mi papá, aquel hombre excesivamente tolerante, ese señor perennemente bondadoso, en cuyos amorosos labios había siempre una sonrisa benévola y acogedora, se levantó soberbio, como gladiador que se siente herido por un mal golpe, tomó de las manos a la que lo insultaba, con hercúlea fuerza arrastrola hacia la puerta, y ya en el dintel la arrojó lejos de sí, diciendo al mismo tiempo con voz serena:

—Aquí sólo yo puedo.

Volvió a mi lado:

—¡Te ha pegado... pobrecita!

Doblegó su gran cabeza y escondiéndola en las blondas que cubrían mi seno, gimió como un niño en el regazo de su madre:

—¡Si no fue nada!

—¡Te ha pegado... pobrecita!

¡Con qué suavidad besaba los rizos de mi nuca!  
 ¡Con qué ternura limpiaba sus ojos en mi pañuelo  
 ensangrentado!

Yo me eché a reír alegremente.

—¿Te burlas?

—Si no me burlo, pero estás muy gracioso... te has ensuciado la fisonomía... con esa cara no podrá nadie tomarte a lo serio... hoy no haces buenos negocios... lo aseguro.

Busqué un espejo y lo coloqué ante su faz.

Se contempló atentamente en el cristal y después me devolvió el objeto, radiante de gozo.

—¡Es tu sangre!

Ruidosa vocinglería estalló en la pieza contigua, e incontinenti apareció *miss* Jenny con el sombrero de fieltro colocado al revés y las ropas manchadas de lodo; tras ella, un pobre hombre con la cara ensangrentada, y después dos gendarmes de aspecto imbécil y lamentables uniformes.

Interrogó mi padre:

—¿Qué ocurre?

Todos hablaban a la vez. Los guardianes, con voz aguardentosa e insolentes ademanes se decían representantes de la ley; el herido pedía un médico y la señorita Collins se indignaba:

—¡Este país... no civilizado!...

Y contemplando su máquina rota, una bicicleta neoyorquina, de blandísimas llantas y niqueladas ruedas, aumentaba su cólera que, como la de Hércules, amenazaba no acabarse nunca. ¿La amagaban con cárcel y multas a ella?... ¡A una profesora con títulos de Londres, Cambridge y Boston...!

Se quejaría a su cónsul, el gobierno de su Graciosa Majestad reclamaría enérgicamente, y si sus notas no eran atendidas con prontitud, la primera escuadra del mundo, que se ha paseado en todos los mares para inmiscuirse en lo que no le importa, amenazaría los puertos mexicanos con las bocas de sus cañones... ¡y lloverían torpedos!

Las dificultades se arreglaron fácilmente. Mi papá encontró una buena oportunidad para ser magnánimo, y lo fue como un Gómez de Silva. El mal ferido se marchó a su casa con un buen rollo de billetes, la dómina londinense se calmó al serle ofrecida una bicicleta de triple valor que la inutilizada, y los repugnantes municipales se largaron también en vista de la pacífica resolución de aquel conflicto, que amenazaba ser internacional.

Cuando la calma se hizo, colgándome al brazo del banquero, díjele:

—Papaíto, decididamente me reconcilio con la diplomacia.



Volvióse, admirado:

—¿Aceptas a Honorato?

—¡Qué ocurrencia!... a quien yo amo es a ti... a ti... diplomático insigne... con mi mamá fuiste de hierro como el príncipe Bismarck... con *miss* Jenny... de hule... como el santo padre.

—¡Bravo!

Bajamos lentamente la escalera: llegamos a una puerta con cristales esmerilados, sobre los que en letras negras estaban anunciadas las horas de despacho y los días de pago: estalló un beso en mi frente, y después, levantando mi falda en la parte delantera, torné a subir de nuevo por los marmóreos escalones...

Mi madre bajaba afianzándose al barandal.

Le ofrecí mi brazo y fui ásperamente rechazada:

—¡Ya verás...!

—¡Mamá...!

—¡Voy a ver al padre Alatríste!

Luego, oí los herrados cascos de los caballos golpetear impacientemente las baldosas, la portezuela que se cerraba, el brinco del lacayo, el fuetazo del cochero y el resoplido de las bestias que con ruido de cadenas tiraban del carruaje y se lanzaban triunfantes y piafadoras a la calle.

Corrí al balcón.

El coche desaparecía en la esquina, y por la ven-

tanilla no asomó, como de costumbre, la diestra de la anciana que agitaba su pañuelo blanco.

Quedé inmóvil, atónita, apesadumbrada...

Tuve miedo, pensé en el fraile que había oído mi confesión de niña, en el que por primera vez puso en mi boca el pan eucarístico, en el que me amenazó con el infierno y sus horrores, en el que me dijo que el mundo es malo, que la paz verdadera y definitiva sólo existe en el claustro y que el único amor indeficiente es el que sienten las monjas por el crucifijo de marfil, ¡por ese mártir ebúrneo que enclavado al madero deja correr la sangre de su costado para con ella lavar los pecados de las criaturas...!

Acostumbraba pasear todos los días por el bosque acompañada de *miss* Jenny, y después que caminábamos una hora, que se medía con el exactísimo cronómetro de la inglesa, descansábamos en un banco de los más solitarios.

Junto a nosotros estaba siempre un joven que leía.

Debía padecer terriblemente. Así lo revelaba su abatido aspecto, la sombra violácea que rodeaba sus negros ojos, la palidez anémica del rostro, el discreto descuido del tocado, y la sonrisa, aquel gesto infinitamente triste en el que leí después un poema doloroso.

Confieso que la primera vez que contemplé al misterioso desconocido me formé de él un juicio que en nada le favorecía, y dije a mi erudita compañera:

—Un estudiante que mira tanto las nubes estará mejor para aeronauta que para abogado, ingeniero o veterinario...

La ciclista me vio con sus lípidas pupilas, y después de una pausa prolongada respondió severamente:

—No lo crea usted, señorita, no todos los que ven las nubes sirven para aeronautas, ni todos los que leen estudian para veterinarios... señal de mala crianza es juzgar satíricamente a los que no conocemos bien.

—¡Es verdad!

Andábamos muy despacio, sin hablar, pensativas las dos, contemplando distraídamente las hojas que crujían bajo nuestra planta.

Cohibida mi censora por el mutismo mío y acaso por la inusitada acritud de su reprensión, reanudó la plática con infantil timidez.

—¿Se ha enfadado usted?

—¿Yo?... no, señora... no hay razón.

La sajona suspiró profundamente.

No sé por qué desde aquel día imaginé que el pasado de mi dama de compañía envolvía una elegiaca historia de amor, una novela sin ímpetus ni histerismos meridionales, un poema lánguido y lleno de rayos de

luna como las baladas escandinavas, uno de esos episodios desabridos y grises que leen con romántico interés las *ladies* pudibundas y las quintañonas de perdurable y empedernida doncellez.

Desde entonces comencé a fijar mi atención en aquel mancebo: el primer día noté que tenía muy bellos ojos, al segundo admiré su rebelde cabellera, el tercero estudié sus facciones y después descubrí en sus modales una elegancia que contrastaba notablemente con su modesta indumentaria: se parecía a Beethoven.

Poco a poco se introdujo en mi corazón por no sé qué caminos misteriosos; hízome experimentar muchas sensaciones singulares; engendró ideas raras en mi mente; cuando lo veía sentía que algo parecido a una invasión de luz inundaba toda mi alma... lo amé castamente y con una ternura muy poética.

Me propuse hacer su retrato. Como todas las mujeres desocupadas, sabía bosquejar acuarelas, de esas que tienen en primer término una casita de pajiza techumbre y humeante chimeneílla; en segundo, una arboleda imaginaria y hacia el fondo un sol calumniado que pugna por ahogarse en un crepúsculo sangriento.

Dibujaba aceptablemente, y los colores aceitados eran menos rebeldes en mi imperita mano que los en agua diluidos.

La homonimia de Beethoven y mi hombre era tan completa, que me serví de un busto del eximio músico para obtener la copia que deseaba. Principié mi trabajo furtivamente, ocultándolo a todas las miradas y poniéndolo a salvo de todas las inquisiciones.

Desperdiicé muchos lienzos, rompí colérica no sé cuántos bastidores, eché a perder botecillos de pintura, inutilicé paletas, espátulas y pinceles, ¡y hasta el caballete fue coceado en las crisis nerviosas que me acometían...!

Quería producir una concepción artística, y el convencimiento de mi impotencia me exasperaba.

Al fin, después de muchos infructuosos ensayos y prolijas enmendaduras, llegó a su término mi fatigosa tarea. No estaba del todo mal. El dibujo no carecía de belleza y fidelidad, honraba a mi maestro: la posición del retrato era elegante y natural, simpática la perspectiva, bien sombreada la lejanía, harmónicas las medidas... pero el color estaba muy lejos de satisfacerme, tenía suciedades cenagosas y tonos parecidos a los que adquieren las aguas estancadas en el periodo de su corrupción; en partes era muy vivo, en partes excesivamente descolorido; el contraste estaba rebuscado y hacía el efecto con una infelicidad tal, que a primera vista aquella testa parecía copiada de un cromo barato.

Aplicaba los últimos toques al embadurnado trapo cuando llegó mi padre al estudio.

—¿Qué piensas, mi Benedictina?

—¿De qué, papacillo?

—Vino el cura Alatraste, se apersonó conmigo, me espetó un patético sermón, habló de los deberes sociales, de mis herejías, de la humillación sufrida por tu mamá... ¡también de tu dicha futura... y tu porvenir!

—¿Y tú, qué le dijiste?

—Lo envié al demonio.

—Muy bien... ¿Qué te parece mi última obra?

Mi padre se preciaba de conocer pinturas e incunables.

Se aproximó al caballete y observó lo que había en él con esa meticulosa atención de las personas miopes.

—No está del todo mal... muchachita... pero... me parece que has retratado a una persona sin vida... es una cabeza trágica... patibularia...

Después de un minuto de meditar:

—¡Qué niña esta!... ¿Dónde has visto ese modelo?

Extendí mi brazo hacia el busto de Beethoven.

—Pues... se parece... y no... dijérase que has pintado el espectro de ese músico presuntuoso... y le has puesto bigotes... más color, niña, más color... cuando termines buscaremos un marco veneciano... Pellandini

los tiene muy elegantes...<sup>12</sup> hará buen efecto en mi galería de pinturas...

Un siniestro temblor sacudió todos mis miembros.

—¿Hablas seriamente, papá?

—¡Ya lo creo!

—¡Es decir que yo he pintado a ese hombre... muerto...!

—Así me parece a mí.

—No me lo digas...

Y sin poderme contener caí en sus brazos llorando amargamente.

Él me besaba en la frente, repitiendo:

—¡Presuntuosilla...!

Y para aplacar lo que creía mi enojo se remontó a las más elevadas esferas de la hipérbole:

—Lo colocaremos entre la *Virgen de la silla* que es admirable y la copia de la creación de Burne-Jones...<sup>13</sup> Si no te gusta allí... lo colgaremos... frente al original de Denner que poseo...<sup>14</sup> ¡Treinta mil francos, criatura!... y lo compré barato porque el vendedor era un imbécil... ¡Qué admirable trabajador era ese artista!... ¡Nada se escapaba a su observación!... Tu obra está hecha con talento, pero no es perfecta ni podría serlo, pues a un ensayo sólo puede exigírsele el diletantismo bien comprendido; sin embargo, me gusta, me gusta... esa faz lívida que parece brotar de los negros... hace

buen efecto... así es el procedimiento de Carrière... los retratos de Paul Verlaine, Edmond de Goncourt y Alphonse Daudet, hechos por él, son muy hermosos.<sup>15</sup>

Prometí a mi papá otra cosa mejor, y abusando de su cariño contrarié su propósito llevando a mi alcoba el objeto disputado.

¡Dios mío! ¡Cuántas veces lo besé! ¡Qué impúdicas revelaciones eróticas le hice en voz muy baja! En las noches, al correr los pabellones del lecho, acometíanme pudores de recién casada, parecía que las pupilas del retrato observaban con pecaminosa insistencia mis movimientos y cuando el sueño llovía mi pensamiento con sus partículas de oro, sentía junto a mi rostro un aliento ardoroso y escuchaba ternezas a la vez que unos labios se tendían hacia mi anhelante boca para desflorar allí sus besos... sentía su bigote, su bigote negro, posarse en mi belfo como las alas tendidas de una mariposa negra que se prendiera en el cáliz de una flor de granado...

Al despertar hallaba el tálamo en desorden, y a él, mi bien amado, lo veía lejos, a millones de leguas, como los mundos que brillan en el cielo...

Entonces mi alma se llenaba de noche: apuñaleábala el sufrimiento con implacable rabia y me llegaba el cansancio de la vida, ese amargo desamor que engendra el hastío y sigue siempre a los hondos padeceres.

Y se amontonaban en mi cerebro, como alados fantasmas, las conjeturas:

¿Qué dirá de mí?... ¿Le parezco bella?... ¿elegante?... ¿distinguida?... ¿Creerá que tengo talento?... ¿Le inspiro interés?... ¿curiosidad estúpida?... ¿amor profundo?... ¡No me quiere...! Si así fuese adivinaría lo que dicen mis miradas... seguiría mis pasos, ¡comprendiendo que le estoy predestinada...! ¿Y por qué he de creer que es malo cuando acaso sufre más que yo?... Además, parece pobre... y... naturalmente... ¡mi lujo y mis coches lo intimidan!... ¡Qué desgracia ser rica!... ¡Si yo fuese una humilde muchacha sería fácilmente dichosa!

Creo que mis facultades mentales padecían.

Sentíame débil: perdí el apetito, y la histeria se declaró muy luego por medio de obsesiones y melancolías. Los médicos hablaron de baños termales y pobreza en los glóbulos sanguíneos, pretendiendo curar mi mal con frascos de emulsiones, vinos ferruginosos y duchas de alta presión. Ignoraban que había bebido un filtro mágico, ¡y mi hechizo únicamente podrían curarlo las caricias de aquel que no llegaba!...

Un día cualquiera en el momento de salir, fui a buscar a mi costurera para que arreglase un pliegue de mi enagua, y encontré que había sido separada de la casa.

Esa noticia me agradó mucho: la mujerona que a mi servicio estaba era bachillera, viciosa, ladrona y murmuradora.

Después hallé en el costurero a la sustituta: una muchacha vestida pobremente; que escuchó con los ojos bajos las instrucciones que respecto a sus cotidianas labores le di:

—Aquí tiene usted mis llaves: la de metal sirve para las chapas de los guardarropas; la grande corresponde a la cerradura de la alcobita; esa niquelada y plana que tiene unos piquitos en la punta, es la del tocador, ya sabe, la pieza del espejo grande; tendrá que ver diariamente mi ropa para que esté siempre en buen estado; los sombreros serán guardados en sus cajas, los guantes se limpian muy bien... la señorita Jenny le enseñará el procedimiento... los zapatos se colocan en la cómoda de cajones... deben conservarse perfectamente aviadados... cuando haya desperfecto en ellos hay que avisar al almacén para que provean de nuevo... allí tienen mi forma... este llavín de plata es el del alhajero... lo conocerá sin gran trabajo... una caja de palo negro con incrustaciones... las perlas y los diamantes se lavan con amoniaco... lo de oro con agua y unos polvos especiales que hallará en la casa de Wiener... creo que eso es todo por ahora... ¡ah!... le recomiendo que todas las mañanas mande comprar rosas blancas, y cuando

no haya rosas, violetas... se ponen en el mueble de peinar... ya sabe.

—Muy bien.

—Ningún criado tiene que ver con usted... ¡Está exclusivamente a mis órdenes... cuidará mucho al gato!...

—Sí, señorita.

Como estaba enamorada, me hallaba en el periodo más optimista de la vida, en ese ciclo psicológico en que todo lo bueno que hay en el humano ser se desborda en corrientes de altruismo y no queremos que haya pesadumbres en torno nuestro, porque tenemos una moneda de valor para el mendigo, un consuelo para el afligido, una lágrima para el huerfanillo y una tolerancia inagotable para todas las miserias...

Sentía hacia la joven muy vivas simpatías.

Favorecila en cuanto pude. Me infundían religioso respeto la austera sencillez de sus costumbres y su modestia tan sincera, aquella humildad de mujer resignada a todo, que la elevaba a tan gran altura sobre mí; hablaba poco, nada más lo indispensable para contestar a las interrogaciones que se le hacían, su voz tenía sonoras modulaciones, creérase arpa eolia pulsada por los dedos de un poeta, sonreía tristemente y siempre ocultaba los ojos tras el fleco sedoso de sus arreman-gadas pestañas.

Confieso que la blancura de su piel, su vestidillo de poco costo, el pañolón de burda lana que cubría sus hombros, la encarnada mascadilla que ataba a su cuello, hacían de ella un tipo interesante.

Adiviné muy pronto su pobreza, una indigencia sobrellevada sin desesperación ni desalientos; en su impasible calma comprendí un corazón enérgico y casi varonil, que luchaba por la piltrafa con la augusta perseverancia de las almas superiores, y muchas ocasiones, al comparar mis rubios cabellos con los negrísimos de Evangelina, sentí en mi pecho el áspid de la envidia, esa culebra ponzoñosa que nos impide admirar las cualidades que otros tienen.

Un día le pregunté la causa de esa morriña que la consumía, y contestó, clavando en los míos sus grandes y flamescentes ojos:

—No me entristece la miseria, me aflige la soledad.

—¿No tiene usted padres, parientes, amigos, novio?

—Nada.

—¿Ningún afecto?... ¡Es increíble!

—¿Verdad que es muy triste vivir entre muchas gentes y no estar ligada a ninguna por vínculos de ternura?

—Ciertamente. Pero usted es joven... podría, sin trabajo, encontrar un buen marido.

—¿Casarme?... eso no... ¿para qué?... los hombres son malos.

—No lo crea usted, el mundo no es tan perverso como lo imaginan los que se sienten abrumados por el peso de un padecimiento: habrá muchas espinas en la estepa de la vida, la ingratitud nos hará desfallecer en muchos instantes crueles, los odios gratuitos nos atacarán rudamente en las encrucijadas; pero siempre pasarán a nuestro lado gentes buenas, gentes piadosas que nos tenderán la mano para impedir que maldigamos al destino, que es el dedo de la fuerza universal y nos impulsa a un fin que nuestra inteligencia no podrá abarcar por mucho que especule...

—¿Será cierto?...

Otras veces hablábamos familiarmente, como dos hermanas que hubiesen vivido un luengo lapso de tiempo separadas:

—Verá usted, señorita, las tagarninas son de muy difícil manufactura, el uso de las tijeras lastima los metacarpos, el cuchillo hiere las puntas de los dedos, la espalda se encorva y los dolores de nuca son terribles... luego el hedor del tabaco... un minuto es agradable, a la hora, repugna, a los quince días, enerva, al año, comienza a matar: también fui pitillera; la uña de lata estropea la piel y en el invierno salen sabañones... y después la compañía... gentecilla de barrio bajo, de

malas costumbres y aficionada a mortificar a las decentes... porque yo no soy una cualquiera... mi madre fue dama de honor de doña Carlota... y mi padre tenía un gran empleo en palacio... chambelán... figúrese usted.

Un domingo fue Evangelina a mi alcoba por algún objeto, y al ver el retrato que yo había hecho, interrumpe con angustia:

—¿Quién es?

—No lo sé... esta pintura me la obsequió mi papá... ¿por qué me hace usted esa pregunta...?

Guardó silencio largo tiempo y habló después, recalcando sus palabras:

—¿Da usted importancia a ese retrato?

—Ninguna absolutamente.

—Entonces... démelo... ¡para mí es la dicha!

No supe qué responder, y ella, aprovechando mi atropamiento, gritó rabiosamente:

—Pues si no me lo da, lo tomo.

Descolgó el objeto de la disputa, y salió de allí dejándome admirada.

Instantes después llegó *miss* Collins hecha un brazo de mar.

—¡Oh! Querida amiga, he tropezado en la escalera con esa pobre muchacha, y me ha lastimado su dolor... mientras más estudio a usted más me convenzo de que carece de sensibilidad y no tiene interés por los pobres...

le voy a traer algunos libros buenos para que modifique un poco sus ideas... es necesario saber que la vida no es amable para todos.

Cuando volví a ver a mi desconocido, dominando mi emoción le sonreí cariñosamente: quedose alelado ante mi atrevimiento, y observando yo que no seguía mis pasos, descalceme un guante y al disimulo le llamé: estaba decidida a todo, hasta a defraudarme en el concepto que de mi recato se formase.

El homenaje de aquel hombre era necesario para mi tranquilidad, me apoderaba de él ejerciendo mi derecho de hembra; si la costumbre, la conveniencia o la ley me condenaban, la naturaleza me absolvía... era mío... y nadie debía perturbar las concomitancias que hermanaban nuestros corazones.

Lo demás fue fácil. La primera carta y también la respuesta consiguiente, ese prólogo perennemente vulgar que se repite en casi todos los dramas sentimentales; después un noviazgo epistolar con sus puntas de romanticismo, los temores a la materna policía, flores con el perfume de su amor en mis cabellos, un canje de fotografías, y tantas y tantas bagatelas de esas que a pesar de su trivialidad pueden eslabonar dos almas para amalgamarlas luego perdurablemente.

Recuerdo las escenas que con rapidez de melodrama se fueron sucediendo.

Mis padres se enteraron de nuestro comercio y hubo en casa peloterías y disputas: que yo era una descarada y carecía de recato y educación porque había degradado mi clase hasta abajarme al nivel de un pobre hombre; mi progenitora se avergonzaba de haberme parido, y su maldición, el iracundo anatema, era lo que irremisiblemente me esperaba si persistía en tan depravadas inclinaciones.

Yo, encaprichada, respondía con imperturbable calma a todas las indirectas y a todas las argumentaciones: —¡Lo quiero!

Me sentía feliz padeciendo por él. Fueron impotentes, amagos de castigos inquisitoriales, preparativos de un viaje, amenazas de abandonarme y la perspectiva de un porvenir que, según la irascible señora, estaba lleno de indigencias y arrepentimientos. Las argucias más hábiles se estrellaron ante el paladión de mi voluntad: intervino el juez, fui alojada en casa extraña mientras se tramitaban las fórmulas de ley, y a pesar de todos los obstáculos, y a pesar de todas las contrariedades... ¡me casé!

Realicé todas mis ambiciones: era rica, joven, hermosa, tiernamente amada... y... sin embargo... ¡la dicha, la mosca de oro que persiguen en su fiebre de egoísmo las almas que no se difunden, no aleaba aún por los tiestos de mi ventana...!



Mi padre no pudo resistir al dolor que mi elección le causó.

Jamás dejó de manifestar afecto a mi marido, nunca permitió que en su presencia mi madre se desmandara en sus estropicios, y como lo acostumbraba, me prodigó caricias y me regaló presentes lo mismo que en mis tiempos de muchacha soboncilla.

Pero de grueso que era se trocó en escuálido, de atlético y viril, en desmadejado y canijoso, de alegre y epigramático, en taciturno y solitario, de entusiasta y bravo, en indiferente y apocado...

Su cerebro se descompuso, perdiendo la habilidad y el atinado golpe de vista que tan notable lo hacían en los negocios: se metió en mil empresas descabelladas, y la megalomanía financiera que le dominaba fue causa de muchos y sucesivos descalabros, que, como era de esperarse, mermaron prontamente su capital: primero una compañía colonizadora, luego un yacimiento carbonífero, después no sé qué manantiales de aguas sulfurosas, y por último, minas de oro, monopolios de trigo, plantaciones de hule... bonos de la deuda... terrenos baldíos... ¡la ruina!

¡Pobre hombre! Después de sufrir un desastre buscaba consuelo en sus cuadros y en sus libros empolvados, olvidando por unas cuantas horas que la bancarrota llegaba destructora como un incendio y terrible como un mar que se desbordaba.

La fuga de un granuja que huyó, llevándose consigo una buena suma de dinero y documentos importantísimos, dio al traste con su cordura, y los primeros síntomas de la enajenación mental comenzaron a hacerse manifiestos.

Pretendía hacer un catálogo bibliográfico, y para procurarse datos gastaba en volúmenes todo el dinero que por sus manos pasaba: los bibliómanos, los bibliógrafos y los libreros lo robaron descaradamente. En un espacio de varios meses nuestro hogar se vio invadido por los especuladores y comerciantes de lance, ¡y ese inicuo vandalismo no acabó hasta que el anciano salió de la casa rumbo al manicomio!

Innúmeras ocasiones procuré contener su inaudita manía.

—No compres ya tantos libros, papacito, todos esos pillos que traen infolios te roban y explotan tu candidez... estás siendo víctima de un abuso repugnante...

—Déjame, chula, yo sé lo que hago.

—Mira que te engañan como a un niño...

—No lo creas.

—Si lo estoy palpando... has pagado ochenta duros por ese tomo inútil... ¿es justo?

—¡Un Ovidio, monina, un Ovidio!... y aquel con pasta de pergamino, que ves junto al tintero, es la historia de los incendiarios de bibliotecas, fueron... mu-

chos... Omar... Amurates IV... Tito... León el Isáurico... Nerón... es una obra muy curiosa y me propongo comentarla...

Temiendo la inminente aproximación de un desastre económico, que necesariamente acabaría con las reducidas rentas que me quedaban, pedí consejo a *miss* Collins, pues mi madre no salía de la iglesia, y mi marido, por una delicadeza mal entendida, me había prohibido terminantemente que le hablase de los negocios atañedores a mi fortuna particular.

Mi desconsuelo fue muy grande. Parecía que todos los habitantes de aquella morada habían perdido los bártulos. La inglesa se negó a escuchar mi consulta. Andaba muy preocupada por no sé qué misteriosos asuntos. A la de alba se desencamaba: después de rapidísimo aseo tomaba asiento junto a su mesa de lecturas y escribía larguísimas cartas, pliegos alargados a manera de minutas de notario, cuadernos como folletos, notas copiadas de libros, cálculos algebraicos, figuras geométricas... ¡Qué sé yo! A las tres de la tarde tomaba un ligero alimento y se echaba a la calle, rumbo al correo, para enviar documentos y recabar su correspondencia, que cada día era más voluminosa. Aunque yo estaba muy acostumbrada a las extravagancias de la prójima, sus manías, cada vez más singulares, y la vida misteriosa y funambúlica a que se había dado, principiaron a pre-

ocuparme: temí que la ilustre dama se hallase en convivencia con gentes tenebrosas... anarquistas, conspiradores o fabricantes de moneda falsa... era capaz de eso y mucho más... Una tarde, aprovechando su ausencia, entré a su aposento, y sobre el famoso pupitre vi muchas cartas con los sobres dirigidos a... *madame* Jane Dieulafoy... *miss* Maud Gonnet... *comtesse* de Mirabeau... *madame* Marguerite Poradowska... *madame* Alfred Vallette... *mademoiselle* Louise Michel... *madame* Mary Summer...<sup>16</sup> El feminismo había acaparado todos los alientos de la señora... ¡menos mal!

Edmundo estaba siempre triste. Padecía una enfermedad sin nombre y su salud se arruinaba violentamente. Era un melancólico incurable. A mi lado siempre se mostraba huraño y tímido; mis más apasionadas carantoñas le hacían sonreír tristemente, y a mis preguntas de mujer enamorada sólo tenía contestaciones vagas.

—¿Por qué estás tan torvo, maridito?

—No tengo nada.

—Yo quisiera verte riante y endiablado como un chiquitín... pareces viejo.

—Es mi carácter.

—¿Vamos esta tarde al teatro?... Maggi no es un genio,<sup>17</sup> pero tiene discreción... dan un drama de Henrik Ibsen... ha hecho furor en París... creo que te distraerás un poco... ¿mando comprar los billetes...?

—Si tú quieres.

—¿Digo que enganchen?... iremos al bosque... por el Parque de los Venados... donde nos conocimos... ¿Te acuerdas?...

—Donde gustes, menos allí.

—¡Dios mío!

—¿De qué te quejas Benedicta...?

—¡Yo... de nada!

Le adoraba, veíale siempre generoso y bueno, cada día engrandecerse y elevarse más a mis ojos... y alejarse... huir de mí. Cuando íbamos al panteón a depositar coronas sobre la lápida que en memoria de su madre se había erigido allí, lloraba mucho, y era tan grave la depresión moral consiguiente a esos accesos de sensibilidad, que frecuentemente después de visitar la ciudad de las tumbas, caía en cama.

Si dejaba de rociar con sus lágrimas las magnolias que florecían en aquel pedazo de tierra abandonada por el cadáver venerado, volvía más pensativo y huraño, le acometían ataques epilépticos con aterradora intermitencia, y yo, acobardada, lo conducía de nuevo a esa huesa que me daba celos...

Su salud, cada día más quebrantada, hizo que trasladásemos nuestra residencia a una finca rural.

Cuando paseábamos por los campos, los arrendatarios nos saludaban con respeto y lástima a la vez; a

fe que esa compasión tenía razón de ser: éramos dos juventudes aniquiladas por el sufrimiento y las enfermedades, una pareja desventurada, dos amantes desahuciados del placer, que veíamos a lo lejos abrirse una sepultura que, en nombre de no sé qué fuerza incógnita, pedía para la tierra el tributo de una vida.

Yo no era aquella mujer tan bella y celebrada que respondía con hechicera sonrisa a los intencionados propósitos de sus devotos. Había sido radical la metamorfosis. Mis formas se exangüecían rápidamente, estaba mi rostro anguloso, ictérica mi piel, ásperos mis cabellos y mortecinas mis miradas. Las modistas no descansaban en la tarea de angostar mis vestidos; en mis sienes blanqueaban hilos de plata... y... arrugas... sí... arrugas tempraneras extendían muy hondos surcos por mi frente y por mis sienes... ¡Estaba vieja!

Una noche, Edmundo, que adormecía su calenturienta cabeza en mi regazo, levantose fieramente y habló como un sonámbulo:

—Comprendo que eres muy desgraciada, mi buena Benedicta, y el sufrimiento tuyo aumenta cada día el peso de la carga que me abruma... he sido malo... te arranqué de una vida de placeres para darte otra de lágrimas... no he logrado que seas feliz a pesar de haberte amado tanto... también hay otra mujer con la que yo fui verdaderamente infame... una huérfana que desde

que éramos pequeños cifró en mí todas sus ambiciones juveniles... es Evangelina... la conoces tú... escucha, Benedicta mía... cuando yo muera... será pronto... buscarás a esa muchacha... la protegerás... la amarás, porque tienes con ella un débito de cariño... ¿Me lo prometes?

—Sí...

—¡Oh!... dilo muchas veces, repítelo a cada momento; que haga desaparecer la música de tu voz el ruido que me atormenta desde el día en que nos casamos... es así como si se me hubiese introducido un moscardón en cada oreja... tú eres una santa y no podrás nunca saber cuán severa e implacable es la conciencia... no me ha dejado dormir tranquilamente... ni una noche... ni una sola.

Llegó el doctor minutos después que le mandé llamar.

Observó a Edmundo con prolija atención, hizo preguntas lacónicas luego escribió nerviosamente una fórmula y salió de la habitación muy preocupado.

Había sido condiscípulo de mi esposo.

Al despedirse de mí noté que su mano temblaba ligeramente. Condújelo al salón principal, y ya convencida de que nadie nos oía:

—Dígame usted la verdad... se lo suplico.

—Ánimo, señora.

—¿Qué tiene...?

—Se está muriendo.

Quedé atónita. Las ideas se me escaparon. Suponía que el galeno me engañaba. No quería ver de cerca esa desgracia que se aproximaba, evocando con su aparición las injusticias que iba a imponerme la suerte, arrebatándome al hombre a quien con toda mi alma amé en la vida.

Conservo en la memoria, fotografiado con opacos colores, el lúgubre cuadro de aquella noche.

Una lamparita iluminando con mortecina claridad la alcoba. El silencio interrumpido sólo por los alaridos de los perros de las vecinas granjas. Un olor de farmacia difundido en la atmósfera viciada de la alcoba: el regimiento de redomas con diversas medicinas, alineado en batalla sobre el mármol de algún mueble... y la muerte, como verdugo que espera a un condenado... ¡haciendo guardia con su guadaña al hombro!

De repente, agitóse el enfermo entre los cojines.

Desplomose entre las almohadas... y me abracé a un cadáver.

Pensé en Evangelina... ¿qué sería de ella?... había quedado abandonada; sin duda buscó trabajo, y no logrando obtenerlo, realizó el modesto mobiliario... acaso el lecho en que dormía... tal vez las ropas que

cubrían su cuerpo macilento... luego... crecieron las mareas, llegó el instante de las luchas desesperadas, y aquella mujer indiferente a todo porque en su alma no quedaban ya ni momias de esperanzas, ante el espectáculo de su ruina y de sus creencias, desesperada de tantas bregas sin victoria y no teniendo ya objeto alguno que cambiar por dinero, diría como Fantine:

—¡Vendamos lo que hay!

Como al evocamiento de un conjuro, vi a mi lado a la infeliz en quien pensaba.

No era sueño.

*Miss Jenny Collins* la llevaba de la mano.

—Señorita *Benedicta*, ¡sé que ha muerto *Edmundo* y vengo a suplicar a usted que me permita besar su frente... amortajarlo... acompañarlo al camposanto...!

—¡Todo, amiga mía!

Nos abrazamos. La señorita *Collins* interrumpió nuestra expansión con brusquedad:

—Traigo noticias importantes.

—¿Qué ha ocurrido...?

—Su padre de usted ha muerto de parálisis ascendente en el hospital de San Hipólito, y en cuanto a su mamá, me encarga notificarle que ayer ha marchado para Italia en compañía del canónigo *Alatríste* para formar parte de una peregrinación que va a visitar al papa...

—Muy bien... *Evangelina*... ya estoy sola... usted será mi hermana... vivirá siempre a mi lado... ¿No es verdad?

—Sí...

—¿Y yo?...

—A *Manchester*... con sus bicicletas... sus biblias... sus libros... sus impertinencias... y sus majaderías... ¡Me tiene frita la sangre!...

—No me voy.

—Pretende una indemnización pecuniaria... bien... le doy todo lo que tengo.

—¡No!

—¿Entonces...?

—Quiero que me siga usted, que se asocie a la empresa que me preocupa y una sus energías a las mías para hacer el bien hasta donde nuestras fuerzas morales y nuestros materiales elementos lo consientan...

—No entiendo...

—Nosotras tres debemos fundar una colonia...

—¡Una colonia...!

Y se disparó con un discurso:

—Huyamos de las ciudades que corrompen, ya que vegetando en ellas no podemos hacer nada en pro de los desheredados; alejémonos de las metrópolis tremolando como lábaro redentorista, una bandera inmensa, lo suficientemente grande, para poder cobijar todos los

padecimientos; lo suficientemente augusta, para poder enjugar todas las lágrimas; ¡lo suficientemente hermosa para poder sublimar todas las almas! Cultivemos la tierra que es proficua; hagamos vida primitiva y laboriosa, protestando de ese modo contra los errores y los crímenes de una civilización degradada por las más irremediables decrepitudes; dejemos de ser escarabajos de la montaña de estiércol, siquiera en nombre de millones de tejedores, cuyas madres, cuyas esposas, cuyos hijos perecen de frío en los suburbios; siquiera en nombre de los millones de mineros que mata la hulla; siquiera en nombre de los millones de tahoneros cuyas familias diezma el hambre; siquiera en nombre del proletariado, ¡en nombre del derecho al bienestar que desconocen los acaparadores que inicualemente explotan al trabajo!

Evangelina aplaudió jubilosamente:

—¡Tiene razón la señora!

Protesté con timidez:

—Esas ideas son bellas, sugestivas... ¡pero impracticables!

La evangelista respondió transfigurada:

—Cualquiera utopía, cuando entraña algún altruismo, no es locura.

—Usted propone la disgregación social, el repudiamento de las leyes que rigen y unifican todas las

agrupaciones de gentes, un desastre indescriptible y horrendo... ¡el caos, en fin!

—¡De la nada surgieron los mundos!

Y tornó a vociferar arrebatada por su demoleadora elocuencia.

Accionaba exactamente como un *leader* en un *meeting* de antiesclavistas o demagogos, de esos que sudan sangre.

Algunas horas después, cuando la dama jadeante y medio muerta se dejó caer en los brazos de Evangelina, como abrumada por su elocuencia, yo ya estaba tan convencida como ella y la que después de haberme odiado, fue mi amiga más amada.

Al albear se levantó la arengadora, y señalando el horizonte, alumbrado tenuemente por el primer albor solar, se dirigió a la puerta:

“En marcha”.

Las tres, tomadas de las manos, echamos a caminar sin rumbo ni derrota, porque íbamos hacia el porvenir, a un mundo nuevo y preñado de esperanzas, para predicar el verbo futuro, y si preciso fuese, si las persecuciones y las injusticias nos orillaban a ello, a azucar a la gleba a una lucha formidable, a una pelea rabiosa, que alumbrarían siniestramente las explosiones de las bombas que, acompañadas de las blasfemias de los dinamiteros, se elevarían como un gran grito estertoroso

y trágico, sobre los escombros de una sociedad destruida por los furores del oprimido.

Entiendo que la historia de *Benedicta* no debe, propiamente, terminar aquí.

Creo que la novela interesante de ese espíritu tan sensitivo y superior, comienza a iniciarse en el punto en que fina la relación que he publicado.

Pero, por una deplorable desgracia, la curiosidad de los lectores no podrá quedar hoy satisfecha, pues el virtuoso varón que me facilitó los papeles, que indiscretamente lancé a la publicidad, abandonó no ha muchos días la vida terrena, quedando sus infolios y valiosos manuscritos en manos de cleriguillos simoniacos e incapaces de preocuparse por crónicas mundanas.

## NOTICIA DEL TEXTO

En 1898, la editorial Eduardo Dublan publicó en la Ciudad de México la primera y única versión de *Mono-grafía*, novela corta de Ciro B. Ceballos incluida en el volumen de cuentos *Croquis y sepias* (pp. 47-107). El libro inicia con una extensa dedicatoria a Jesús E. Valenzuela (1856-1911), mecenas de los modernistas mexicanos y fundador de la *Revista Moderna* (1898-1903) y de su refundación en *Revista Moderna de México* (1903-1911). En las preliminares de *Croquis y sepias* se reprodujo un retrato del autor, realizado por Julio Ruelas (1870-1907), ilustrador y pintor emblemático del simbolismo mexicano. Por la rareza bibliográfica de este volumen de Ceballos, es encomiable su reproducción en la Colección Digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León. La presente edición respeta la peculiar sintaxis y puntuación del autor, si bien se ha modernizado la ortografía de la edición de 1898.

CIRO B. CEBALLOS  
TRAZO BIOGRÁFICO

Ciro B. Ceballos nació en Tacubaya, Ciudad de México, el 31 de enero de 1872 y murió en la misma ciudad el 13 de agosto de 1938. Periodista, historiador, crítico literario y narrador. Fue director de la Biblioteca Nacional de 1917 a 1918. Publicó las compilaciones de cuentos *Claro-oscuro* (1896), *Croquis y sepias* (1898) y *Un adulterio* (1903). En este último volumen, de gran circulación en su época, aparece la novela homónima editada en este portal. La edición más reciente de este texto salió a la luz en 1983, como parte de la colección La Matraca, que publicaron Premiá y La Secretaría de Educación Pública. En 1907 dio a conocer su *Aurora y ocaso (por los cuistres). Ensayo de política contemporánea*, acre diatriba contra el régimen porfiriano y el grupo de los Científicos. En 1912 publicó el panfleto político de escasa circulación, *Confraternidad internacional*. Colaboró en *El Imparcial* y *El Universal*. En esta última publicación periódica aparecieron en 1901 retratos literarios sobre escritores coetáneos a Ceballos, textos que formaron *En Turania*. El rescate de este libro se inició con



la tesis de maestría de Luz América Viveros en 2006. Esta investigadora también realizó en el mismo año la edición crítica de otra obra de Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, publicada por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, dentro de su colección (Al Siglo XIX. Ida y Regreso). Ceballos fue redactor de la *Revista Moderna* y colaborador en *El Mundo Ilustrado*. Formó parte de la segunda generación de modernistas mexicanos: Amado Nervo, José Juan Tablada, Bernardo Couto Castillo, Rubén M. Campos, Luis G. Urbina, entre otros. Dirigió los periódicos *El Intransigente* y *El Liberal*, órganos del Partido Revolucionario. Fundó la publicación *Diógenes* (semanario festivo antiporfirista). En 1925 prologó la compilación *Canciones, cantares y corridos mexicanos*. Firmó los editoriales de *El Intransigente* con sus iniciales (C. B. C.) de 1912 a 1913; han sido identificados dos de sus seudónimos: Cirobé e Hijo del Diablo. Recientemente su obra ha despertado el interés académico; destacan los trabajos de Luz América Viveros, Óscar Mata y Robert Mckee Irwin. Su actitud siempre beligerante frente a los embates y cooptaciones del poder político le granjearon numerosas enemistades. A decir del periodista Mónico Neck, Ciro B. Ceballos murió en circunstancias económicas difíciles y dejando en situación de desamparo a su compañera e hijos.

## NOTAS

<sup>1</sup> En particular se trataría de un “travestismo textual”, término que el investigador Ben Sifuentes aplica a Alejo Carpentier al utilizar el *nom de plume* “Jacqueline” para firmar una columna periodística sobre la moda en 1925, cuando el afamado escritor cubano aún no era famoso y tenía que ganarse el pan escribiendo sobre la moda femenina. Aunque Sifuentes no define en términos teóricos ese concepto, es interesante que no use travestismo autoral como sería de esperarse, sino textual porque así da cuenta de un proceso más complejo que el hecho de ponerse una máscara: la puesta en escena simbólica, social y cultural que es posible dilucidar en este disfrazamiento y que incide de manera intrínseca en los recursos formales y en la concepción de un mundo que se reflejan en el texto mismo y en la voz narrativa, pues, como lo señala el ensayista, el travestismo “no es sólo cuestión de hacerse otro, sino también de [des]figurar el yo”. Ben Sifuentes Jáuregui, “Travestismo textual: Modos y modas de Carpentier”, *Cánones literarios masculinos y relecturas transculturales. Lo trans-femenino/masculino/queer*, Ileana Rodríguez (coordinación). Barcelona, Anthropos, 2001. pp. 235-255.

<sup>2</sup> La “mejor narración” del conjunto, al decir de Pérez Gay, “La parábola del tedio. Trazos de las letras mexicanas [1890-1910]”, *La literatura mexicana del siglo xx*, Manuel Fernández

Pereda [coordinación], México, Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Veracruzana, 2008. p. 25. Opinión que comparto, pues su atrevimiento temático y su narración de trazos violentos y hasta descuidados, nos sitúan ante una viñeta maestra de lo grotesco. Es más, me atrevería a decir que ese relato, “La muerta”, junto con la novela corta *Un adulterio*, son los escritos más arriesgados y más violentamente trazados de la obra de Ceballos.

<sup>3</sup> Rafael Delgado (1853-1914): narrador, poeta y periodista mexicano; entre sus obras narrativas destacan las novelas *La Calandria* (1890), *Angelina* (1893), y la novela corta *Historia vulgar*, disponible en: <<https://www.lanovelacorta.com/novelas-en-transito/historia-vulgar.html>>.

<sup>4</sup> El término “psicológico” adquiere una connotación particular en el contexto de los autores en desacuerdo con el *statu quo* del porfiriato. En sus memorias, Ceballos da a entender que el término remite a la disidencia: “La palabreja ‘psicología’ era muy manoseada en aquella época entre los periodistas famélicos de la oposición militante. Ella tenía origen en una sentencia pronunciada, según recordamos, por el juez Manuel Olivera Toro, oaxaqueño, el cual, para justificar el injustificado encarcelamiento de algunos periodistas, aseguró haber cometido su arbitrariedad, haciendo una interpretación ‘psicológica’ del espíritu del Código Penal, en lo relativo a la, en la curialesca jerga, llamada intención dolosa, o maligno móvil de algún punible delito. Desde entonces, a toda persecución periodística le fue llamada ‘psicológica’, como una mofa de la porfiriana justicia”. Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910: (memorias)*, Luz América Viveros Anaya (edición), México,

Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Editorial [Al Siglo XIX. Ida y Regreso], 2006, pp. 326-327.

<sup>5</sup> En la última década del siglo XIX, como parte del asociacionismo feminista, los primeros congresos internacionales se celebraron en ciudades como París y Londres. En México se registra el primer congreso feminista en Mérida, Yucatán, en el año 1916.

<sup>6</sup> Como señala el narrador, la descripción del lecho mortuario es similar al del relato “Ligeia”, de Edgar Allan Poe. Tras un corto periodo de enfermedad y a punto de fallecer, Rowena Tremanson de Tremaine, segunda esposa del protagonista, recupera súbitamente la salud; sin embargo, el esposo reconoce en su semblante a su primera esposa, Ligeia, gracias a sus atributos etéreos y sus ojos inefables.

<sup>7</sup> William Hogarth (1697-1764), pintor, grabador e ilustrador inglés, cultivó una expresión satírica en la cual escarnece los vicios de la sociedad de su tiempo; por ejemplo, en el grabado en *Gin Lane* retrata las consecuencias del consumo del alcohol en una sociedad empobrecida.

<sup>8</sup> Senta, personaje de la ópera *El holandés errante* de Richard Wagner (1813-1883). Su suicidio, además de representar una muestra de amor hacia el holandés errante, termina con la maldición que pesa sobre el buque y su capitán.

<sup>9</sup> Barrio de Londres donde el poeta prerrafaelista Algernon Charles Swinburne (1837-1909) pasó las últimas décadas de su vida después de un colapso físico y mental. Sobre el prerrafaelismo véase la nota 10.

<sup>10</sup> La Hermandad Prerrafaelita, fundada en 1848, estaba integrada por el pintor y escritor inglés Dante Gabriel Rossetti (1828-1882) y los pintores John Everett Millais (1829-1896), Edward Burne-Jones (1833-1898) y William Hunt (1827-1910). Los prerrafaelistas revitalizaron la estética de los pintores italianos y flamencos del siglo xv, anteriores a Rafael (1483-1520). Sus motivos provienen de la Biblia y de la mitología celta.

<sup>11</sup> Alusión a George Villiers (1592-1628), el primer duque de Buckingham. Según la leyenda, el duque mantuvo relaciones sexuales con el rey de Inglaterra, James I (1566-1625).

<sup>12</sup> Claudio Pellandini, figura clave en la historia del diseño mexicano a finales del siglo xix. El empresario importó estatuas, espejos y cuadros de Europa y fundó en 1895 la primera fábrica mexicana para objetos de arte, que producía vidrios y cristales decorativos. Véase Martha Eugenia Alfaro Cuevas, "Un acercamiento a la historia del diseño en México: el caso del empresario Claudio Pellandini", *Encuadre. Revista de la enseñanza del diseño gráfico*, México, febrero-octubre de 2007, pp. 1-6, disponible en: <http://encuadre.org/e2021/un-acercamiento-a-la-historia-el-caso-del-empresario-claudio-pellandini/>.

<sup>13</sup> El pintor prerrafaelita Edward Burne-Jones (1833-1898) realizó la obra *The Days of Creation* entre 1870 y 1876.

<sup>14</sup> Balthasar Denner (1685-1749), pintor alemán casi relegado al olvido; en su época fue apreciado por sus retratos que le valieron fama entre los pudientes y poderosos. El Retrato de una mujer vieja es paradigmático de su fidelidad realista.

<sup>15</sup> Eugène Anatole Carrière (1849-1906): su impresionismo otorga una apariencia fantasmal a los retratos.

<sup>16</sup> Esta enumeración contiene a mujeres comprometidas con las artes y la política, en su mayoría feministas: Jane Henriette Dieulafoy (1851-1916), escritora y arqueóloga, durante sus tres viajes a Persia, entre 1881 y 1886, adoptó la costumbre de llevar el cabello corto, característica que le dio notoriedad entre los salones parisinos. Maud Gonne (1866-1953), revolucionaria irlandesa y feminista, fundó la asociación *Daughters of Ireland* en 1900. La condesa de Mirabeau (1849-1932), escritora francesa, conocida por su crítica a la aristocracia y su nacionalismo. Marguerite Poradowska (1848-1937), novelista de origen belga-polaco, amiga íntima, consejera y traductora del novelista Joseph Conrad (1857-1924). Alfred Vallette (1858-1935), fundador de *Le Mercure de France*, no era mujer como da a entender el término francés *madame*, sino que se trata del uso de época: el nombre del esposo refiere a la esposa, la escritora francesa Rachilde (1860-1953). La obra de esta decadentista se caracteriza por el tratamiento transgresivo de la temática de género, como se puede apreciar en *Monsieur Venus* o en *La Marquise de Sade*. Louise Michel (1930-1905), escritora y educadora, personaje emblemático del anarquismo francés a finales del siglo xix.

<sup>17</sup> Andrea Maggi (1850-1910), actor y director de la Empresa Maggi, importante compañía de teatro que escenificó obras contemporáneas y clásicas en el Teatro Nacional de la Ciudad de México durante el porfiriato, entre otras, las de Shakespeare y Henrik Ibsen (1828-1906).

*Monografía* se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 4 de octubre de 2021. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR y GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.